

Uno para todos.

(Mc 1, 40-45)

A todos los curas, después de leer un evangelio como el de hoy, nos gustaría decir a los que nos escuchan: si pides con fe el Señor te curará tu enfermedad o la de los tuyos. A veces lo hacemos, pero quizá al hacerlo traicionamos el evangelio que nos relata la curación de un leproso como fuente de salvación y no sólo de salud. Además puede que la fe del que suplica empujado por una predicación así termine creyendo que de no ser curado Dios desee su mal, o que no tiene suficiente fe, aún cuando haya buscado siempre vivir fielmente su vida cristiana.

Se nos invita hoy a contemplar una enfermedad que produce asco, no sólo en la mirada de los demás, sino en esa mirada que nos dirigimos a nosotros mismo. Se trata de una enfermedad en la que el cuerpo parece rechazarse y hacerse despreciable sin encontrar fácilmente una caricia que le convenza de lo contrario. La lepra trae al corazón, y esto es lo central, la sospecha de que uno mismo no puede ser amado concretamente, ni siquiera por sí mismo. La lepra así hiere no sólo la carne, sino también el corazón.

Se convierte así en un signo de todo aquello que pegado a nuestra vida se dirige a nuestro corazón convenciéndonos de que no merecemos el amor que podrían darnos, ni siquiera el nuestro. O de aquello que nos convence de que no valemos, de que no somos dignos de ser acogidos, de que somos despreciables, de que somos prescindibles...

Y he aquí que un leproso le suplica a Jesús: *si quieres, puedes limpiarme*. No hay nadie más en la escena. Jesús, él y nosotros. Jesús habla a la vez al leproso y a nosotros que escuchamos el Evangelio, le toca y dice: *quiero*. Y así queda curado el leproso y podemos quedar curados nosotros mismos.

Podemos ser salvados si nos fiamos de esta palabra que nos muestra finalmente la carne amada y renovada de este hombre, su corazón limpio de desprecio de sí y de los demás al tacto de Jesús, su alegría vociferante. Uno para todos, él fue curado no para darnos envidia, sino para alentarnos.

Cuando se sabe que Dios mismo no desprecia nuestra carne herida, sea cual sea la causa de esta herida, se puede vivir con esperanza. No dominamos el calendario de nuestra salud o enfermedad, de nuestra gracia o desgracia, de nuestra santidad y pecado, pero este leproso nos ofrece creer hoy que Dios quiere que nuestra carne se haga luminosa y sabrá hacerlo a su tiempo. Mientras, caminamos con la esperanza arrodillada, buscándolo.